

Si ella la vida me dió  
 Y la conservó además,  
 Si ella el amor me enseñó,  
 ¡Qué extraño que viva yo  
 Para amarla nada más!

TU NOMBRE

A CARMEN

ALBUM

Desde niño he repetido  
 Tu nombre con complacencia,  
 Y al pronunciarlo he sentido  
 CARMEN

Es tan suave la emoción  
 De sus sílabas eufónicas,  
 Y tan fácil su reunión,  
 Que producen la impresión  
 De un par de notas armónicas.

La melodía que emana  
 Mística y pura aduna,  
 Como sonata de mañana  
 Que canta una voz lejana  
 En una noche de luna

No hay palabra en el idioma  
 Que más bellezas reúna:  
 Tiene luz y tiene aroma,  
 Pues el labio donde asoma  
 Se ilumina y se perfuma.

ALFONSO REYES

Es tan poético en su  
 E nombre encantador  
 Que dice verso en latín  
 En castellano jardín  
 Y en nuestro lenguaje amor

TU NOMBRE  
 A CARMEN

Desde niño he repetido  
 Tu nombre con complacencia,  
 Y al pronunciarlo he sentido  
 Que se filtraba en mi oído  
 Con dulcísima cadencia.

Es tan suave la emoción  
 De sus sílabas eufónicas,  
 Y tan fácil su reunión,  
 Que producen la impresión  
 De un par de notas armónicas.

La melodía que emana  
 Música y poesía aduna,  
 Como sonata alemana  
 Que canta una voz lejana  
 En una noche de luna.

No hay palabra en el idioma  
 Que más bellezas resuma:  
 Tiene luz y tiene aroma,  
 Pues el labio donde asoma  
 Se ilumina y se perfuma.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Es tan poético en fin  
 Ese nombre encantador,  
 Que dice verso en latín,  
 En castellano, jardín  
 Y en nuestro lenguaje amor.

Mi labio no lo equivoca,  
 Esté agitado o en calma:  
 Constantemente lo invoca,  
 Y si lo calla la boca,  
 Lo dice muy quedo el alma.

## A C R O S T I C O

Clara fuente de amor donde bebiera  
 Abrazado en pasión, el pecho mío,  
 Reina absoluta tú de mi albedrío,  
 Mi vida, a no ser tuya, yo te diera.  
 El amor que aquí dentro se encendiera  
 No apagarán ni el tiempo ni el desvío:  
 Borrar de aquí tu imagen? . . . ¡desvarío!  
 Arrancarme tu amor? . . . ¡vana quimera!  
 Robarse puede al rico su tesoro,  
 Ruinas el tiempo hacer al ancho muro,  
 Amar al vicio el púdico decoro,  
 Gloria alcanzar el nombre más obscuro;  
 Apagar la pasión con que te adoro . . .  
 No podrá ni la muerte, te lo juro!

1868

EN EL MAR

Calla un momento, mar, tu linfa inquieta  
 Un instante detén, y escucha mudo  
 A este pobre e incógnito poeta  
 Que te viene a cantar. Yo te saludo.  
 Y aunque tu vasta inmensidad se asombre  
 De que callar te mande  
 El acento raquítico de un hombre,  
 Obedece sumiso, que es más grande  
 El grito doloroso  
 De un alma por la pena atormentada  
 Que los rugidos de tu voz airada  
 Al sentir los tormentos  
 De ver tu faz por mano de los vientos  
 En líquidos girones desgarrada.

Cuando las rojas tintas de la aurora  
 tiñen tus ondas de color de fuego,  
 Sobre ellas derramando  
 De color y de luz brillante riego;  
 Cuando te miro en actitud tranquila  
 Reflejar de las nubes la figura,  
 O de la blanca estrella que cintila  
 En las profundidades de la altura

El rayo diamantino;  
 Mi alma entristecida  
 Vé en el color de tu onda nacarada  
 Reflejos de la aurora de mi vida,  
 En la nube brillante y sonrosada  
 Una ilusión para mi mal perdida,  
 Y en la luz de la estrella, una mirada  
 En otro tiempo para mi encendida,  
 Y tal vez hoy por el dolor hundida,  
 O por la muerte rígida apagada.

Entonces desde el fondo de mi pecho,  
 Al viento del recuerdo levantadas,  
 Surgen olas de llanto aisladas, solas,  
 Pero más turbulentas y agitadas,  
 Más violentas y amargas que tus olas.

¡Ah! por eso tu calma me atormenta,  
 Pero eso a tus halagos yo prefiero  
 El continente fiero  
 Que ostentas en mitad de la tormenta.  
 Entonces eres grande, eres sublime;  
 El huracán de soplo poderoso,  
 Entre las velas de la nave gime,  
 Y tu aliento, estridente y espantoso,  
 Deja la muerte allí donde se imprime;  
 Avisando al intrépido marino,  
 Que las luces del rayo que retumba,  
 Le iluminan el líquido camino  
 Que conduce hasta el fondo de la tumba;  
 Húmeda, negra, aterradora, fría,  
 Donde le esperan los despojos yertos,

De otros ilustres navegantes muertos  
 Durante su arriesgada travesía.  
 Tumba gigante, inmenso cementerio,  
 Sobre los cuales alzas a tus héroes,  
 De tenebrosa noche entre el misterio,  
 Negras estatuas con pesadas brumas,  
 Y en la corriente turbulenta y rápida  
 Tú les dedicas como en vasta lápida  
 Epitafios escritos con espuma.

Pues bien, tampoco así calmar pudiste  
 La aguda pena que en el alma siento,  
 ¿Quién arranca del alma un sentimiento,  
 Atado allí por un recuerdo triste?  
 Busqué tu tempestad ruda y sombría,  
 Y encontré que tu acento embravecido  
 Remeda apenas a la queja amarga  
 Que arrebató el dolor al pecho herido.

Si pudiera cuajar tus verdes olas,  
 Y en deslumbrante página de hielo  
 Trocar tu inmensa sábana de espuma,  
 De un polo al otro polo,  
 En ella escribiría un nombre solo:  
 El nombre de mi amada,  
 Para probar si el frío de la nieve  
 Apaga el fuego con que quema alevé  
 El nombre aquél al alma enamorada.  
 Sin embargo, de nada serviría,  
 Que en el cristal de mi alma está grabada  
 En una espiritual fotografía  
 Con la luz del amor su imagen bella,

Y aunque pasara al hielo retratada,  
 Siempre en el alma quedaría ella.  
 Ese nombre vá unido a mi existencia,  
 Lo siento en mi razón, en mi creencia,  
 Grabado está en mi mismo pensamiento,  
 Y como está en el pensamiento escrito,  
 Y el pensamiento mira en los espacios,  
 Lo imprime con diamantes y topacios,  
 En la página azul del infinito.

EL AMOR DE LAS PLANTAS  
APOLOGO

Una ave trajo a la elevada almena  
Del negro torreón abandonado,  
Entre otras cosas con que hacer su nido,  
Una semilla que encontró en el llano.  
Aquel grano quedó en el intersticio  
Que dejaban dos losas atorado,  
Y el viento se encargó de buscar tierra  
Y elevarla hasta allí para taparlo.  
Después la lluvia derramó unas gotas  
De su fecundo y transparente bálsamo,  
Y el sol primaveral en las mañanas  
La mandaba al salir sus tibios rayos.  
Por fin un día se entreabrió la capa  
Que el polvo, cariñoso, había formado,  
Cubriendo el germen huérfano y desnudo,  
Y apareció con timidez un tallo.  
Fue creciendo mecido por las brisas,  
Arrullado del mar al sordo canto,  
Nutrido por los jugos de la tierra,

Melopeya con música del Maestro Jesús Ma. Acuña

Por el aire y la luz acariciado;  
Y en poco tiempo transformóse en planta  
Cuyo follaje de matices varios  
Al verse tan mimado de la suerte  
Latía como un pecho alborozado.  
Pero una noche en que la luna llena  
La regalaba con sus blancos rayos,  
Sintió la melancólica tristeza  
Penetrar en su alcázar solitario,  
Y oyó como una voz que la decía  
En lo íntimo del alma resonando:  
"Estás tan triste porque estás muy sola."  
Pues que, pensó la planta, ¿existe acaso  
Otro ser como yo con quien pudiera  
Compartir de mis dichas el encanto?  
"Aproxímate al borde de ese muro  
Donde nunca tus hojas han llegado,"  
Dijo la voz y se apagó, lo mismo  
Que el eco de un acorde en el espacio.

\* \* \*

Cuando la tea roja de la aurora  
A las nubes de Oriente prendió fuego,  
La planta despertó sin la alegría  
Con que viera su luz en otro tiempo.  
En su follaje resonaba triste  
El eco misterioso de un recuerdo  
Y sus nudosos vástagos temblaban  
A los fuertes impulsos del deseo.  
"Aproxímate al borde de ese muro,  
"Que me dijeron he escuchado en sueños,  
"Y mis brazos no alcanzan, se decía,  
"Necesito alargarlos, yo lo quiero."

Y en fuerza de arrastrarse por el muro  
 Y hacer de voluntad grandes esfuerzos,  
 Llegó a tocar el borde con sus ramas  
 Y a poder asomarlas hacia el suelo.  
 ¡Qué sorpresa tan grata le esperaba!  
 ¡Qué panorama contempló tan bello!

En lontananza el mar reverberando  
 La luz del sol en su bullente espejo,  
 Y empujando sus olas a la playa  
 Con suave impulso acompasado y lento  
 Levantando sus puntas desiguales  
 Las rocas dibujábanse a lo lejos,  
 Como grises borrones arrojados  
 En el azul clarísimo del cielo;  
 Y la fértil pradera engalanada  
 Extendida a los pies del muro enhiesto,  
 Ostentando su manto de verdura  
 Adornado con franjas de arroyuelos.  
 Al admirar tanta grandeza unida,  
 Al ver un espectáculo tan nuevo,  
 Sintió en su ser latir las ilusiones  
 Y blancas flores emanar su seno.

\* \* \*

Llegó la noche y ocultó el paisaje  
 Con su crespón impenetrable y negro;  
 Pero la yerba se durmió tranquila  
 Y soñó que otra planta, desde el suelo,  
 En los rayos de luz que reflejaba  
 La transmitía apasionados besos.

En el húmedo foso, entre los musgos,  
 Vegetaba una humilde pasionaria,  
 Ignorante también de las bellezas  
 Con que el mar y los campos se engalanan,  
 Mirando el sol tan solo a mediodía  
 Y sin sentir el soplo de las auras.  
 Sus ramas en el fondo cenagoso  
 Con indolente calma se arrastraban,  
 Sin ambiciones, penas ni zozobras,  
 Sin temor, ilusiones, ni esperanzas.  
 Así corría su tranquila vida  
 Cuando por vez primera una mañana  
 Miró asomar en la desnuda torre  
 Un hermoso bouquet de flores blancas:  
 ¡Adiós de su monótona existencia!  
 ¡Adiós tranquilidad de la ignorancia!  
 Amó con entusiasmo aquellas flores,  
 Y entreabriendo las suyas azuladas,  
 Significó su amor a la señora,  
 De aquella torre hermosa castellana.  
 Ella miró en tan bellos caracteres  
 Sus dulces ilusiones realizadas,  
 E hizo una seña afirmativa  
 Hacia el foso quedándose inclinada.

\* \* \*

Desde entonces, el único deseo  
 De aquellas dos enamoradas plantas  
 Fué confundir en un abrazo eterno  
 Sus flores y sus hojas y sus ramas:  
 La de arriba en bajar cifró su anhelo,  
 En subir, la de abajo, su esperanza.  
 A merced de las grietas que en el muro

La trepadora amante se encontraba,  
 Empezó su atrevido escalamiento  
 Hincando en ella sus menudas garras.  
 También la de la almena poco a poco,  
 Pegada a la pared se deslizaba  
 Animando a la otra a que ascendiera  
 Sin desmayar jamás en su constancia.  
 Por fin en una tarde melancólica,  
 De esas de Octubre, frescas y nubladas,  
 Llegaron a encontrarse ya tan cerca  
 Que casi sus extremos se tocaban.  
 Dos flores desplegaron sus corolas,  
 Una azul como el cielo, la otra blanca,  
 Y rozaron las puntas de sus pétalos . . .  
 ¡Era el beso primero que se daban!

\* \* \*

Después de tanto afán para buscarla,  
 Tocaban los umbrales de la dicha;  
 Pero solo un instante la gozaron  
 Para verla después desvanecida.  
 Una inclemente ráfaga del norte,  
 En su carrera indiferente y fría,  
 Pasó tronchando las hermosas flores  
 Que se daban de amor tiernas primicias.  
 Las olas encresparon su melena  
 Cual leonas en el bosque perseguidas;  
 Las nubes, transparentes y halagüeñas  
 Se tomaron espesas y plomizas;  
 Brilló el relámpago, y el ronco trueno  
 Hizo temblar la torre envejecida.  
 La tempestad rodando por la atmósfera  
 Fué enlutando la bóveda infinita,

Y el huracán sus destructoras alas  
 Hizo batir con rapidez impía.  
 Cuando el cielo y la tierra se conmueven,  
 Cuando la mar su inmensidad agita,  
 ¿Qué es una flor batida por el viento?  
 ¡Menos aún que una ilusión perdida!  
 La enredadera de las flores blancas  
 Fué arrojada con furia a la cornisa;  
 Cansada de aferrarse a la muralla  
 Soltó la pasionaria sus espinas,  
 El viento la azotó contra las piedras,  
 Sus delicadas ramas hizo trizas  
 Y las hojas, del viento arrebatadas,  
 Volaron sin saber donde caerían:  
 ¡Tal se deshace la grandeza humana!  
 ¡Así pasan las glorias de esta vida!

Llegó el invierno, con desdén al prado  
 Arrojó su lujoso manto verde,  
 Y huyendo de las fiestas del verano,  
 Se rebujó entre sábanas de nieve;  
 Deshaciéndose en lágrimas de espuma  
 Las olas murmuraban tristemente,  
 Llorando por las aves que entonaban  
 En otras playas su cantar alegre;  
 Y los astros, cual lámparas colgadas  
 De la diáfana bóveda celeste,  
 Alumbraban temblando, como alumbran  
 Los cirios en el lecho de la muerte.  
 La enredadera que en la almena habita  
 De soledad y frío se estremece  
 Llamando en vano a su infeliz amante  
 Que yace sepultada entre la nieve.  
 “¿Por qué, madre Natura, me dejaste

Sentir la llama del amor, ardiente,  
 Si habían de apagarse sus fulgores  
 Y hundirse en el Ocaso tan en breve?  
 ¿De qué sirve la vida miserable  
 Que un ente aislado en la creación mantiene?  
 ¡Sin amor la existencia es un sarcasmo!  
 ¡Placeres sin amor no son placeres!”  
 Así la enredadera se quejaba  
 Su viudez lamentando amargamente,  
 Cuando la misma voz que en cierto día,  
 Hacia el borde del muro, dijo, acércate,  
 Nuevamente sonó para decirle:  
 “Ama, espera y confía, que la suerte  
 Al que espera con fé y ama constante  
 Sus favores al fin concede siempre.”

\* \* \*

Volvió la primavera, el sol de Marzo  
 Disipó de las nieves la blancura,  
 Entonaron las aves sus sonatas  
 Y sus murmullos tiernos las espumas.  
 Volvió a tomar su terso azul el cielo,  
 De ruidos se pobló la selva muda,  
 Y volvieron las noches tropicales  
 Voluptuosas, serenas y profundas.  
 La pasionaria recobró sus fuerzas,  
 Afiló los extremos de sus uñas,  
 Y se lanzó al asalto de la torre  
 Con más ardor y decisión que nunca.  
 Descolgó la de arriba sus festones  
 Como trenzas lustrosas y profusas  
 Cayendo en las espaldas de una virgen  
 Y enlazadas con flores por las puntas.

En pocos días esta vez lograron,  
 Con la distancia en incansable lucha,  
 Alcanzar sus extremos que quedaron  
 Cual manos estrechadas y convulsas.  
 Un aplauso estalló por todas partes:  
 La voz del mar y de la tierra juntas,  
 De la feliz pareja enamorada  
 Celebraron con júbilo las nupcias.

\* \* \*

Cinco inviernos trajeron sus nevadas  
 Y cinco estíos tempestades rudas;  
 Pero las yerbas han crecido tanto  
 Sus ramas enredado una por una,  
 Que sobre el viejo muro de granito  
 Han formado otro muro de verdura,  
 Y los más desatados huracanes  
 En él estrellarán su altiva furia.  
 Ya nada puede separarlas, nada,  
 Y si un día la torre se derrumba  
 Y en un montón de escombros convertida  
 Bajo las ruinas a las dos sepulta,  
 Aún brotarán sus flores enlazadas  
 Por las oscuras grietas de su tumba.

EN EL 7º ANIVERSARIO DE  
NUESTRO MATRIMONIO

Cada vez que el sol dorado  
Quita a la noche el capuz  
En tul de sombras bordado,  
Se desposa alborozado  
El ambiente con la luz.

Las olas, que aletargadas  
Dormían entre la bruma,  
Con el viento desposadas  
Van todas engalanadas  
Con velos de leve espuma.

Se retratan los juncales  
Del lago en el claro espejo,  
Y las luces matinales  
Celebran los esponsales  
De la forma y el reflejo.

Las flores, también veladas  
Con un manto de rocío,  
Como novias ataviadas  
Lanzan ansiosas miradas  
Sobre el espejo del río.

Y es que esperan el instante,  
Tan anhelado por todas,  
De ver llegar a su amante,  
El céfiro susurrante,  
Para celebrar sus bodas.

Aunque del viento impelidas,  
Llevan de novia los velos  
Y van de blanco vestidas  
Las nubes, por siempre unidas  
Con el azul de los cielos.

Y el pez, el ave, la fiera,  
Todas las especies, todas,  
Cada cual a su manera,  
De su vida la carrera  
Hacen en constantes bodas.

De esas bodas naturales  
Nosotros tomando ejemplo,  
Son constantes esponsales  
Nuestras dichas conyugales  
De nuestro amor en el templo.

Siete años ha que vivimos  
En amante compañía,  
Y cada día sentimos  
Que el dulce lazo oprimimos  
Al ver pasar cada día.

Cada día se acrisola  
Tu amor, y al tálamo sube  
Ciñendo la blanca aureola,  
Como la luz y la ola,  
Como la flor y la nube.

Y yo siento mi existencia  
Resbalar con blando vuelo,  
En tierna correspondencia,  
Dulce cual la transparencia  
Del azul terso del cielo.

La desgracia y el dolor  
Amenazaron de muerte  
En la cuna nuestro amor,  
Pero él es muy superior  
Al amago de la suerte.

El vaivén de la fortuna  
Nada puede contra él:  
Si no lo temió en la cuna  
¿Cómo ha de temerlo en una  
Perenne luna de miel?

Y tiene nuestra ventura  
Para mí mayor encanto,  
Mientras más su encanto dura,  
En que nadie se figura  
Que nos hemos de amar tanto.

Quién me acusa de tronera,  
Quién me supone celoso;  
Diga el mundo cuanto quiera  
Si al juzgarme así coopera  
A hacerme más venturoso.

Nos acompañan dos seres  
Que son de amor un tesoro  
Y una fuente de placeres:  
Yo sé bien que tú me quieres,  
Tú sabes bien que te adoro.

1886.

## I N T I M A

Del sol de mi existencia soñadora  
En el ocaso apenas la luz arde;  
Pero es quizá más bello que la aurora  
El crepúsculo rojo de la tarde.  
Los campos de mis verdes ilusiones  
Comienza ya a cubrir el crudo invierno  
Con la nieve de frías decepciones;  
Pero me anima aún el fuego interno  
Que tan sólo la muerte nos arranca:  
Mi cabeza se va poniendo blanca,  
Pero mi sangre hierve a borbotones.

El entusiasmo por lo bueno y bello,  
La admiración que causa lo sublime,  
La aspiración al bien y a todo aquello  
Que un soplo de grandeza anime,  
Siempre encuentran en mí fácil acceso.  
Como en los labios de la madre el hijo  
Encuentra, siempre que lo busca, un beso.

Y sin embargo, sin cesar me acusa  
El vulgo ruín, que a comprender alcanza  
Tan sólo lo que pesa en la balanza  
De su mordaz inteligencia obtusa;  
Me acusa de . . . ¿De qué? Ni él mismo sabe,

De no hacer como él hace y eso es todo:  
 El piensa y obra mal, y no le cabe  
 Que haya quién obre y piense de otro modo.  
 Nadie comprende lo que en mi alma escondo,  
 Tan sólo un ser existe en este mundo  
 Que haya bajado hasta lo más profundo  
 Del alma mía para ver su fondo.  
 Y ése eres tú: como Virgilio al Dante  
 Te dí la mano, te llevé yo mismo,  
 Y de tus ojos puse por delante  
 Los secretos del fondo del abismo.  
 Y en donde todos ven sombras y horrores,  
 En donde creen que la maldad se anida,  
 Sólo encontraste un ara construída,  
 Por la mano sutil de mis amores  
 Para adorar tu imagen bendecida  
 Y regar a tus pies incienso y flores,  
 En el altar de aquel santuario oculto  
 Tu eres la Diosa que mi fé venera,  
 Allí te rindo mi ferviente culto,  
 Y te consagro mi existencia entera.

Pero la vil canalla despreciable  
 Que en jurado social se erige y falla  
 (Declarando su fallo inapelable)  
 Contra todo el que no es también canalla;  
 Sin fundamento ni razón decreta  
 Qué no te amo, que soy un calavera  
 Que va corriendo tras cualquier coqueta.

Mas no los crees, mi dulce compañera,  
 Pedazo azul de cielo tempestuoso,  
 Iris de paz radiante y luminoso  
 Que las tormentas de mi vida calma,

Angel de amor que vela mi reposo,  
 Mística flor del templo de mi alma:  
 Tú no los crees, mi vida, y eso basta  
 Para burlar su estúpida sentencia,  
 Y nuestra dicha y bienestar contrasta  
 Con su necia y procaz maledicencia.

Once años ha, tus horas a mi lado  
 Se deslizan tranquilas y serenas,  
 Cual las ondas del lago aletargado,  
 A la luz de la luna, en las arenas.  
 Once años de placer jamás menguado,  
 Y de ventura solo interrumpida  
 Por las miserias propias de la vida  
 De que ningún mortal está exceptuado.  
 Si acaso, alguna vez, el llanto aniega  
 Nuestros ojos, es llanto de alegría,  
 Como el que el alba alborozada riega  
 Sobre las flores cuando nace el día.  
 Y a despecho del mundo y de la suerte,  
 De que los dos unidos nos burlamos  
 Once años hace ya que nos amamos;  
 Y desafiamos a la misma muerte  
 A que destruya nuestro amante anhelo  
 Que si en distintas fosas en el suelo  
 Puede arrojar nuestra materia inerte  
 Unirá nuestras almas en el cielo.

1890

---

 EL PARAISO SOLITARIO
 

---

Te fuiste, y desde entonces en desierto  
Se convirtió el hogar donde las horas  
Juntos vimos huir alegremente,  
Siempre dichosos.

Todo contigo tan risueño y bello,  
Tan lleno de alegría y transparencia,  
Está triste, sombrío, desolado,  
Mustio y marchito.

La casita que todos apellidan  
La mansión pintoresca del poeta,  
Ha perdido sin tí todo su encanto:  
Tumba parece.

Los muebles polvorientos en desorden,  
Revuelto y frío el olvidado lecho,  
Y el hogar apagado solo tiene  
Cenizas frías;

El reloj de tu estancia, que marcaba  
A cada instante una ventura nueva,  
El momento señala en que partiste,  
Mudo é inmóvil;

Los árboles que cercan nuestra choza  
Doblan sus ramas secas, y la brisa  
Les arranca un gemido al arrancarles  
Las hojas muertas.

El rumor de la fuente, tan alegre  
Cuando tu faz su linfa retrataba,  
Desde que tú, mi bien, ya no lo escuchas  
Parece llanto.

Y hasta las hojas verdes de la yerba  
Que tapiza el jardín, cuando la aurora  
Sus limbos acarician, están llorando  
Lágrimas de oro;

La luna, que veía con envidia  
Tus tiernos ojos fijos en mis ojos,  
Me mira desde el cielo indiferente;  
Fría y callada:

Y entre tantas tristezas asinadas,  
En medio a tanto escombros y tanta ruina,  
Mi pobre corazón, viviendo sólo  
De tu recuerdo.

Los árboles que crecen nuestra cuna  
 Doblan sus ramas secas, y la brisa  
 Les avanza un gemido al avanzar  
 Las hojas muertas.

El rumor de la fuente, tan alegre  
 Cuando tú en las tardes  
 Desde que tú, mi bien, ya no lo escuchas  
 Parece llanto.

Y hasta las hojas verdes de la verja  
 Que fajiva el jardín, cuando la amara  
 Sus lindos araucarios, están llorando  
 Lágrimas de oro.

La luna, que ves con envidia  
 Tus ternos ojosijos en sus ojos  
 Me mira desde el cielo indolente  
 Sin que se canse de mirarte.

Y entre tantas tristezas  
 En medio a tanto escombro y tanta ruina  
 Mi pobre corazón, cuando sólo  
 De ti pienso  
 La memoria y el recuerdo  
 Ha partido en dos, y se olvida así  
 Tu nombre.

Los muebles por orientos en desorden  
 Retucho y rito el olvidado lecho,  
 Y el hogar apagado solo tiene  
 Cenizas frías.

El reloj de tu estancia, que marcaba  
 A cada instante una ventura nueva  
 El momento señala en que partiste  
 Muerto é inmóvil.

EN EL PRIMER ANIVERSARIO  
 DE SU NACIMIENTO

ALBUM  
 DE  
 AURORA

Que me crezcas, Aurora  
 El espacio cielo de tu vida,  
 Como un día.

Mañana el sol de tu camino levante  
 En picarros de luz y vagando,  
 Y el calor ligero y transparente  
 Guajará tu rumbo en el oculto oculto.

Eres brisa de primavera rosa,  
 Por el agua mecido dulcemente  
 Entre las verdes y las azules hojas  
 A cuya savia la vida se abre.

Pero mañana tu gentil caricia  
 De hojas resacas con ruidos y susurros  
 Perturbará el ambiente y me acordará  
 Al recibir del Sol el rojo beso.

Eras torcaz, de riego blando amullo  
 Se escuchaba apenas la primera nota,  
 Tiempo dulce, susurros preludeo  
 Del canto saltador de la paloma.